

El sicario en la novela colombiana
The sicario in colombian novel¹
O sicário no romance colombiano

Óscar Osorio

Resumen

La segunda gran violencia del siglo XX comienza en la década de los sesenta y se agudiza y generaliza en los ochenta y noventa. Una de las expresiones más dramáticas de esta es el sicariato, cuya mayor concentración ocurrió en Medellín. Este fenómeno fue prontamente llevado a la narrativa literaria. Hasta este momento se han escrito cerca de una veintena de novelas que dan cuenta del sicariato, entre las cuales siete centralizan su diégesis en la indagación de la figura del sicario. Este texto se ocupa de indagar dicha literatura, según su cronología de publicación y la cartografía que construyen del país, con el propósito de indagar las particulares lecturas que dichas novelas hacen de la realidad y sus aportes a la comprensión del fenómeno de la violencia asociada al sicariato.

Abstract

The second great wave of violence in the 20th started in the sixties and had its peak in the eighties and nineties. One of the most dramatic expressions of it is the phenomenon of the *sicarios*, which were largely concentrated in Medellín. This phenomenon was quickly portrayed by means of literary narrative. Up to date, about twenty novels related to the *sicariato* have been written, seven of which focus on the investigation on the figure of the *sicario*. The present work examines the above mentioned literature according to the chronology of publication and the cartography of the country they depict. The objective is to investigate the particular appraisals these novels give of reality and their contributions to the comprehension of the phenomenon of

¹ Este texto es producto de la investigación *Violencia del narcotráfico y el sicariato en la novela colombiana*, aprobada en la Universidad del Valle para el período 15-01-2006 / 15-06-2008, y cuyo código es CI-4213.

Palabras clave

Literatura y violencia.

Novela y violencia.

Novela y sicariato.

Sicario en la novela colombiana.

Narrativa de la violencia en Colombia.

Key words:

Literature and violence, novel and violence, novel and *sicariato*, the *sicario* in Colombian novels, narrative of violence in Colombia.

Resumo

A segunda grande violência do século XX começa na década do setenta e aumenta e se generaliza nos oitenta e noventa. Uma das expressões mais dramáticas desta é o sicariado, cuja maior concentração ocorreu em Medellín. Este fenômeno foi imediatamente levado à narrativa literária. Até o momento já se escreveram cerca de duas dezenas de romances que falam do sicariado, entre os quais, sete centralizam sua diérese nos

violence with respect to its relationship to the *sicariato*.

questionamentos sobre a figura do sicário. Este texto procura questionar tal leitura, segundo sua cronologia de publicação e a cartografia que constroem do país, com o propósito de questionar as peculiares leituras que tais romances fazem da realidade e sua contribuição à compreensão do fenômeno do sicariado.

Palavras chave:

Literatura e violência

Romance e violência

Romance e sicariado

O sicário no romance colombiano

Narrativa da violência na Colômbia

1

La violencia es el tema más novelado en Colombia. Los investigadores han ido recuperando una amplia lista de novelas olvidadas que se ocupaban de las guerras civiles del siglo XIX, la Violencia de las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX ha producido cerca de un centenar de novelas, la violencia de las últimas cinco décadas ha dejado un amplísimo *corpus* narrativo.² De este período, sólo la novelística atinente al narcotráfico y al sicariato cuenta con una bibliografía cercana a las cuatro decenas. Los escritores vuelven sobre el asunto una y otra vez, desde múltiples perspectivas y con diversos intereses y logros. Sin embargo, en el ambiente literario persiste una mirada despectiva sobre las obras y los autores que cuentan el fenómeno. Ese distanciamiento surge en los años cincuenta, produciendo una sanción sobre la literatura de la Violencia como una literatura deleznable, y fue promovido por las clases dirigentes colombianas interesadas en condenar al olvido la Violencia política, para acallar la memoria sobre su responsabilidad criminal. En gran medida, dicha sanción obedecía a un aristocratismo cultural, heredado del siglo XIX, según lo precisa Von Der Walde (2001):

La conceptualización de las letras como un espacio en el que han de plasmarse valores estéticos y morales de orden superior imperó en Colombia hasta bien pasada la primera mitad del siglo, desde su institucionalización a finales del siglo XIX, cuando el Estado dejó en manos de la Iglesia la labor educativa. Las múltiples violencias realmente existentes en lo social, lo económico y lo político escasamente encontraban cabida en el ámbito literario (pág. 31).

Este prejuicio fue heredado por la crítica, a pesar de la existencia de obras, buenas y extraordinarias, que lo dejan sin piso: *Cien años de soledad*, *El día señalado*, *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*, *Cóndores no entierran todos los días*, *Cartas cruzadas*, *Rosario Tijeras*. Hoy escuchamos voces que anuncian con júbilo que la literatura colombiana está saliendo de ese “pantano”. No hay tal; quienes

² Cuando hacemos esta clasificación nos referimos a la correspondencia de la diégesis de la novela con un período histórico particular, independiente de las fechas de publicación de los textos. Este es un criterio que algunos críticos no comparten.

nos empeñamos en ello sabemos que lo contado no alcanza, que el fenómeno es tan desventurado y escandaloso que la tarea noveladora está en ciernes, que la violencia es el drama más urgente que tenemos los colombianos y que mientras corran los ríos de sangre por las callejas de nuestras ciudades y nuestros campos, seguirán corriendo los ríos de tinta, y sólo mucho después de que se sequen los primeros se secarán los segundos.

En este trabajo, nos ocuparemos de parte de este *corpus*: la novelística atinente al sicariato. Desde hace algunas décadas, el sicario se hizo una realidad en Colombia. El fenómeno cobró una dimensión de espanto al final de los ochenta, durante la entronización del narcotráfico en la vida de la nación, y muy pronto fue objeto de atención en la literatura colombiana. Aunque dicha figura aparece muy marginalmente en novelas como *Coca: novela de la mafia criolla* (1977), *La mala hierba* (1981), *Leopardo al sol* (1993), *El zar* (1995), *Hijos de la nieve* (2000), *Comandante Paraíso* (2002), *Batallas en el Monte de Venus* (2003), *Angosta* (2003), *Sin tetas no hay paraíso* (2005), *El Eskimal y la Mariposa* (2005) es centro de la anécdota principal en las novelas *El sicario* (1988), *El pelaíta que no duró nada* (1991), *Sicario* (1991), *La Virgen de los sicarios* (1994), *Morir con papá* (1997), *Rosario Tijeras* (1999), *Sangre ajena* (2000).³

Un imaginativo escritor la bautizó sicaresca antioqueña⁴ y la denominación se impuso, en algunos casos, con gesto burlón. La ligereza del

³ Es notable la importancia de Medellín en esta narrativa: de las siete novelas, cuatro desarrollan su diégesis en Medellín, y las otras tres, aunque se desarrollan en otros espacios, concentran la experiencia de iniciación y/o consolidación del sicario en dicha ciudad. Habría que anotar, a modo de explicación, que aunque el fenómeno se presentó en todo el país, fue Medellín la ciudad que lo padeció con más contundencia y de modo más generalizado, y desde allí se dio a conocer al mundo entero con toda la fuerza de su desmesura. De hecho, el trabajo más importante que se ha publicado sobre el fenómeno del sicariato aparece en Antioquia en 1991. Nos referimos, por supuesto, al texto de Alonso Salazar *No nacimos pa' semilla*. A propósito de esto, es significativo que en Cali, a pesar de ser el foco del otro gran cartel de la cocaína, el fenómeno del sicariato fue menos dramático (podemos consultar cuadros comparativos en algunos libros: *Sueños de inclusión* de Atehortúa y otros; *Colombia, ciudad y violencia* de Camacho y Guzmán). Quizá por ello, su aporte a este *corpus* se reduce a una novela.

⁴ Abad-Faciolince, en el artículo “Estética y narcotráfico” (1995), acuña el término “sicaresca antioqueña” diciendo que se trata de una “nueva escuela literaria surgida en Medellín”. Erna von der Walde repite, diez años después, aquello de la sicaresca antioqueña y menciona a *Rosario Tijeras* y *La Virgen de los sicarios*. Esto seguramente ocurre, como

término y la simpatía con que se acogió son indicios claros del dejo irónico con el que se acercan algunos académicos y escritores a dicha literatura. Cualquier lector desprevenido encontrará sin esfuerzo el intertexto con la picaresca española en este juego verbal. De hecho, mi diccionario cibernético corrige automáticamente la S por la P, convirtiendo la sicaresca en picaresca; parece que hasta él sabe de esas honduras literarias. Pero no es la línea de la picaresca española la que deberíamos citar en la denominación de esta literatura, aunque parezca agraciada la expresión, por varias razones.

Primero, porque la literatura hampesca, prima hermana de la picaresca y de la burlesca, es la que se ocupa del tipo de personajes que vuelan en las páginas de nuestras novelas: hampones -jaques les llamaban- y prostitutas. De hecho, uno de los más famosos jaques de la literatura española, Pedro de Urdemalas,⁵ pasó a la tradición popular paisa como el famosísimo Pedro Rimalas, compañero inseparable de Cosiaca.

Segundo, porque estas literaturas populares españolas tienen la doble función de divertir y moralizar, propósitos absolutamente disímiles a los de nuestros escritores cuya mirada traza el asombro por ese mundo irracional o, en el mejor de los casos, trata de aprehenderlo o comprenderlo.

Tercero, porque los escritores españoles se acercaban a estos personajes a través de una demografía literaria trazada, en gran medida, por los trabajos de los clérigos en las cárceles españolas,⁶ mientras la mayoría de nuestros escritores alimentan su imaginación de la experiencia directa, a veces periodística, con estos sujetos y estos ambientes; trazan una experiencia vital y no libresca.

lo explicamos en la nota anterior, por la preponderancia de la ciudad de Medellín, tanto en el fenómeno histórico como en el literario. Sin embargo, resulta imperioso aclarar que antes de que el fenómeno literario apareciera en Medellín ya se había publicado en Cali la novela *El sicario* (1988) y que la publicación de la primera novela paisa sobre el tema, *El pelaíto que no duró nada* (1991), aparece en el mismo año de la novela *Sicario* (1991), cuya diégesis se desarrolla principalmente en Bogotá. Resulta difícil entonces sostener que la novela aparece en Medellín, y, menos aún, que se trata de una “escuela antioqueña”.

⁵ Sobre este jaque, véase, entre otros, la comedia de Salas Barbadillo *El sutil cordobés Pedro de Urdemalas y el gallardo Escarramán*.

⁶ Véase el trabajo de Monique Joly “De rufianes, prostitutas y otra carne de horca”.

Así que rehusaré el término sicaresca y me acogeré a uno más escueto y menos gracioso: literatura del sicariato. Entendiendo con esta denominación aquella literatura que tiene como eje central de su diégesis al sicario.⁷

En los últimos años han ido apareciendo algunos trabajos críticos que se ocupan del asunto, pero lo hacen de manera parcial, refiriéndose a dos o tres novelas.⁸ Intentaremos aquí una aproximación muy general a este *corpus*, trazando una cronología que nos permita, al final, unas primeras valoraciones sobre algunas constantes y diferencias en el tratamiento del fenómeno que hacen los textos.

2

Aunque, como hemos señalado, algunos críticos entienden que esta corriente literaria es antioqueña, la primera novela cuya anécdota central se construye sobre las peripecias y la formación del sicario es *El sicario* de Mario Bahamón Dussán (1988). Esta es una novela concentrada en la experiencia de la marginalidad y la injusticia de que son víctimas los sectores populares, convirtiendo a una parte de sus juventudes a la delincuencia. Manuel Antonio Artunduaga queda huérfano muy niño cuando su padre muere en una discusión por el fraude electoral del 70. Desde ese momento de quiebre, su vida se desarrolla en un largo itinerario de hambre, marginación, humillaciones, violencia y muerte. Se hace sicario después de su paso por el ejército, de donde se sustrae un arma, y por las guerrillas, de donde se roba un dinero.⁹ Mata muchas veces y se convierte en un ser oprobioso. La novela trabaja con una tesis de fondo: la pobreza y la marginalidad engendran al sicario y este pierde en su ejercicio de muerte todo vestigio de humanidad.

⁷ Aunque hay producción cuentística y poética sobre el fenómeno, nos restringiremos a la novelística.

⁸ Véase: “Literatura y narcotráfico” de José Cardona López, Narcotráfico y novela: “*Hijos de la nieve* de José Libardo Porras” de Pablo González Rodas, “La novela de sicarios y la violencia en Colombia” de Erna Von Der Walde, “Sicarios delirantes y los efectos del narcotráfico en la literatura colombiana” de Graciela Polit Dueñas, “Fernando Vallejo: desacralización y memoria” de María Mercedes Jaramillo. Además de una profusa cantidad de comentarios y artículos periodísticos circulados en distintos medios, entre ellos, alguno de Vargas Llosa en el que destaca el valor literario de *Rosario Tijeras* y *La Virgen de los sicarios*.

⁹ Esta asociación de la experiencia de iniciación del sicario con las guerrillas es recogida en varios textos periodísticos o testimoniales y en algunas novelas.

Poco después, y cuando ya hemos visto la película *No futuro*, Víctor Gaviria publica *El pelaíto que no duró nada* (1991).¹⁰ Una novela cercana a un trabajo etnográfico,¹¹ que registra, con un narrador en primera persona, las peculiaridades del lenguaje de las barriadas populares de Medellín y, a través de este sociolecto, la cultura y las precarias expectativas de vida de estos jóvenes que alimentan las máquinas de muerte del narcotráfico y el sicariato en dicha ciudad. La mirada sobre la ciudad y la sociedad paisa es espeluznante y nos deja la impresión de un camino cerrado, de una estructura social sin salida del abismo.

El mismo año se conoce la novela *Sicario* (1991),¹² del escritor español Alberto Vázquez Figueroa. Con una narración en primera persona, Juan Chico Grande nos da a conocer las peripecias de su vida. Este *gamín* bogotano pasa por todas las instancias del delito hasta hacerse sicario y narcotraficante. El mundo construido por el texto es de un feísmo concentrado a través del cual se denuncian las injusticias y las vejaciones que sufren estos muchachos de la calle y cómo la sociedad los arrincona y los obliga a tomar el camino del hampa. El tono es moralista y aleccionador y procura mostrar, vía el ejemplo de dos de los protagonistas, Juan y Ramiro, que, no obstante los atropellos, siempre queda la posibilidad de salir adelante y vivir una vida de bondad y servicio. La novela señala la responsabilidad de la sociedad en la formación del sicario y lo muestra como un sujeto descompuesto moralmente, “la escoria entre las escorias; una especie de animal irracional que tan sólo sabe matar como una bestia”. (Pág. 50.)

Tres años después aparece *La Virgen de los sicarios* (1994).¹³ Esta novela se constituye en un éxito editorial internacional. Medellín es

¹⁰ Este texto fue pensado inicialmente como un guión para una película, pero nunca se realizó. Posiblemente por su cercanía argumental con *Rodrigo D.*

¹¹ En el título de la novela se aclara que esta fue escrita con base en el relato de Alexander Gallego.

¹² De ello resulta un extraño híbrido: El escritor es español, con poco conocimiento de Colombia y mucho de Venezuela, y mezcla usos propios de España con colombianismos y venezolanismos. De ahí salen cosas parecidas a esto: “Oye, coño, esta catira es una gonorra” o “me cago en la hostia, parcero”. Algo parecido ocurre con la película *Sicario*, filmada en Venezuela, que cuenta la historia de un sicario paisa. Los actores y la escenografía son venezolanos y el lenguaje es híbrido, mezcolanza que resultaría divertida si no fuera por lo dramática de la situación contada.

¹³ Llevada al cine con gran éxito por Barbet Schroedrer. La película suscitó un vergonzoso escándalo en Colombia. A propósito de esta adaptación escribí el ensayo *La Virgen de los*

representada como una ciudad degradada hasta el extremo, cuya sociedad, pacata y malvada, se merece la suerte que tiene. Los sicarios protagonistas son unos revólveres andantes que van por estas calles de espanto asesinando sin motivo a todo aquel que estorbe el débil bienestar de Fernando, el amante benefactor. Las causas de esta violencia irracional reposan en la totalidad del tejido social, descompuesto hasta el absurdo. Gobernantes, jueces, policías, sicarios, punkeros, taxistas, madres y un largo etcétera de actores provocan y padecen la violencia, son victimarios y víctimas de ella y, según el narrador, se merecen unos y otros el destino de horror y de muerte. Ese merecimiento marca la lectura sobre la realidad que hace el texto: no hay salida.

Oscar Collazos hace su aporte con la novela *Morir con papá* (1997), que tiene como antecedente la publicación, en 1995, del cuento *Instrucciones para morir con papá*. La historia involucra a una pareja de sicarios, padre e hijo, que cometen errores en un asesinato y tienen que pagar con sus vidas. El texto intenta ahondar en la estructura psicológica del personaje, en su carácter y en su manera de asumir el destino, alejándolo efectivamente del estereotipo del sicario anegado en su propia desesperanza. En el trabajo sobre el entorno social, la novela señala el origen del fenómeno en el desequilibrio social, en la marginalidad y en una decisión personal del delincuente por un oficio que ya está normalizado en esa sociedad anómica. Todo esto se presenta sin dramatismos y nos deja la sensación de un tejido social degradado, pero no en el abismo.

Rosario Tijeras (1999)¹⁴ es el otro gran éxito editorial de este *corpus*. Esta vez Franco Ramos atrapa al lector con un tema inexplorado: la mujer sicaria. El autor logra con Rosario un personaje inolvidable, complejo, bien desarrollado, a través del cual nos presenta ese mundo sórdido de las comunas de Medellín y su relación con la sociedad

sicarios: el amor como camino, que fue publicado en: *Poligramas*, No. 17, año 2001, Escuela de Estudios Literarios, Universidad del Valle, Cali; y en: *Hybrido*, No. 5, revista de los estudiantes del Programa Doctoral en Literaturas Hispánicas y Luso-brasileras de Graduate Center, CUNY, New York, 2001. Este ensayo fue posteriormente recogido en mi libro *Violencia y marginalidad en la literatura hispanoamericana* (Universidad del Valle, 2005).

¹⁴ Llevada al cine en el 2004 por el mexicano Emilio Maillé. La estructura narrativa intenta ser fiel a la de la novela, lo que, al parecer, no dio buenos resultados.

dominante paisa a través del narcotráfico y la violencia. La conciencia de mundo estructurada en esta ficción entiende a Medellín como una ciudad fragmentada en dos polos (la ciudad del plan, normalizada; la ciudad de la loma, anómica), cuyas diferencias se zanján parcialmente con el negocio de la droga. El narcotráfico inserta a esa ciudad marginal en la sociedad hegemónica, pero de una manera particular: los dominantes usan y gozan los beneficios del negocio, pero los dominados son quienes sufren los castigos a la hora de la justicia. Rosario encarna en su relación con Antonio y Emilio este tipo de relación; ellos la gozan en las buenas, pero ella será quien pague con su vida mientras ellos vuelven al seno de sus hogares.

En *Sangre Ajena* (2000), Arturo Álape señala el origen de la delincuencia y el sicariato en la pobreza, la falta de educación y la violencia intrafamiliar sobre la niñez en los barrios marginales. La anécdota se inicia en Ciudad Bolívar, en Bogotá, y es la historia de dos hermanos, de 9 y 12 años, que se fugan de la casa e inician un viaje que los lleva a Medellín y a la Costa. Esta aventura termina con la muerte del hermano mayor, Nelson, y el regreso de Ramón Chatarra a Bogotá. Allí, constituye su propia familia, mujer e hijo, y se dedica a vivir del reciclaje de basuras en condiciones de miseria. El viaje es, a la vez que un itinerario físico, un periplo por todas las instancias del delito. Comienzan como rateros, se convierten en atracadores y asaltadores, y terminan de sicarios. La vida de estos niños es acelerada, entre los nueve y los quince años experimentan abandono, sexo, droga, prostitución, violencia, acelere, consumo y muerte. El panorama es, pues, desolador. Sin embargo, la novela muestra una luz, una salida posible: Ramón abandona ese mundo y regresa al reciclaje, prefiere la apabullante miseria a la atroz violencia. Una salida extraña, pero que parece implicar un tipo de conciencia de mundo según la cual estos sicarios degradados, producto de condiciones sociales extremas, son sujetos retornables al buen camino, aunque la sociedad dominante no les ofrece más que miseria y abandono como aliciente. Una tesis exigente en lo social, pero precaria en lo literario.

3

Hay otras novelas en las cuales aparece el fenómeno del sicariato, pero no como eje central de la anécdota, sino desarrollado marginalmente,

como un elemento anexo a otras violencias. Dos novelas que trabajan sobre el asunto del narcotráfico en el Valle del Cauca, reservan algunos pasajes para el sicariato. *Coca, novela de la mafia criolla* de Hernán Hoyos (1977) es la novela de un autor caleño que tiene como personaje central a Zoilo, representación novelesca del Grillo, uno de los primeros y más famosos narcotraficantes de la época.¹⁵ Dos de sus guardaespaldas, el Calvo y King Kong, tienen la función de eliminar a sus adversarios o deudores. A una de las víctimas la descuartizan y la meten a una maleta que envían por bus a Bogotá. Estos sicarios asumen el ejercicio de matar como parte de su trabajo, pero no exhiben la carga de una experiencia marginal y desgarradora como atributo central de sus vidas. Simplemente hacen su trabajo y viven la vida. Sin embargo, la novela no desarrolla particularmente a estos personajes, pues se concentra en Zoilo. Los sicarios aparecen simplemente como actores asociados al esquema del narcotráfico y de manera instrumental.¹⁶ Su función, en el mundo figurado por la novela, es mantener la seguridad del capo y cobrar con sangre las deudas o las traiciones. La otra novela es *Comandante Paraíso*, cuya diégesis se desarrolla en el norte del Valle. La trama se teje alrededor de Enrique Londoño, un poderoso narcotraficante que forma el Ejército Nacional de los Traquetos. La técnica de la novela consiste en un collage de múltiples voces, entre las cuales se encuentran las de algunos sicarios. Estos están asociados al narcotráfico como instrumentos de retaliación o cobro de cuentas y a través de ellos advertimos la banalización del oficio y la ausencia de conmociones morales por el mismo. Ejemplo de ello es Maritza, una jefe de sicarios, que entiende su oficio como medio de sustento: “Remordimiento sería seguir viviendo sin tener de qué comer”. (Pág. 209.)

En dos novelas cuya diégesis se ubica en la costa Atlántica, durante el surgimiento y consolidación del tráfico de la marihuana y su paso al de la cocaína, aparecen estos hombres que viven del negocio de la muerte,

¹⁵ Antonio Dorado realizó la película *El Grillo*, sobre este pionero del narcotráfico colombiano. Mucho de lo que se cuenta en la novela de Hoyos aparece en el film. Seguramente esta fue consultada para la elaboración del guión.

¹⁶ Se advierte en esta novela una distinta configuración del sicario de la que aparecerá después en las novelas de la saga antioqueña.

pero en una dimensión distinta, formando estructuras paramilitares.¹⁷ Es el caso del Cachaco, en *La mala hierba* (1981),¹⁸ que aprovecha su ascendiente sobre los colonos de la Sierra Nevada de Santa Marta y forma unas cuadrillas de hombres armados que se ponen al servicio de los cultivos del Cacique Miranda. En *Leopardo al sol* (1993), Fernely organiza las estructuras paramilitares que protegerán los cultivos de coca de la familia Monsalve. Este es un personaje solitario que se erige en el símbolo de la degradación cultural de las dos familias en disputa y del ingreso a una lógica de violencia instrumental asociada al narcotráfico, que desvincula el conflicto de sus normativas y motivaciones axiológicas, étnicas, etc., lo apuntna en la sórdida esfera del pragmatismo económico y banaliza la violencia.¹⁹

En Pereira se desarrollan dos novelas que trabajan de manera tangencial el asunto. *El Zar* (1995)²⁰ nos cuenta la vida de Jorge, quien pasa por todas las instancias del delito, desde atracador hasta mafioso.

¹⁷ No nos ocuparemos aquí de hacer una clasificación de las distintas clases de matones a sueldo que han aparecido en el país y en su literatura, pero es bueno dejar constancia de que los sicarios que aparecen en estas dos novelas son tipos sociales distintos a los que aparecen en las novelas situadas en Medellín. Parece que cada contexto social genera un tipo distinto de sicario. Se hace necesario para un trabajo de más largo aliento mirar la evolución en la literatura colombiana de este tipo de matón a sueldo, desde el pájaro hasta el paramilitar, pasando por el sicario, y examinar las características sociales, sus actuaciones y valoraciones frente al crimen, su funcionamiento social, su relación con las instituciones sociales, con el Estado y la sociedad en general, y las determinaciones socio-culturales que lo orientan. Por ahora, sólo anotamos que mucho va entre Alexis y Fernely, entre Juan Chico y el Cachaco, entre Manuel Antonio y el Trapia, entre Rosario y Maritza, y que definir, según hacen algunos textos, al sicario como “el muchachito armado de Medellín” es una aproximación incompleta.

¹⁸ Llevada a la pantalla chica en 125 capítulos, con guión de Martha Bossio, en 1982.

¹⁹ Esta noción de banalización de la violencia es desarrollada por Pécaut: “La noción de violencia generalizada apunta también a sugerir que, al menos inicialmente, la violencia no se vive como una guerra o catástrofe, y menos aún se visualiza como el producto de un conjunto de actividades delincuenciales; sino que aparece como un proceso banal que ofrece oportunidades, produce acomodamientos y tiene normas y regulaciones. Esta trivialidad, pues, no sólo tiene que ver con el perfil personal de los que están implicados en la violencia, sino también con el hecho de que ésta se expresa por medio de interacciones que no aparecen como ruptura total con las interacciones habituales ni dan origen a nuevas representaciones o nuevos imaginarios”.

²⁰ Esta novela quedó inconclusa porque el autor se suicidó. Sus amigos recuperaron el manuscrito, hicieron alguna revisión del mismo y lo publicaron en una editorial independiente.

Como parte de ese historial delictivo oficia como sicario, pero el sicariato, al igual que los otros delitos, es sólo un medio para conseguir y acumular dinero y poder, lo que finalmente logra con el narcotráfico. Se hace capo, compra senadores, seduce a los ricos tradicionales, cuida de su familia. El interés de la novela es mostrar la corrupción social e institucional que promueve y posibilita el narcotráfico. En *Sin tetas no hay paraíso* (2005),²¹ el marco histórico de referencia es la Pereira del nuevo milenio. La trama de esta novela versa sobre las peripecias de una muchachita provinciana que hace de todo para ponerse unas prótesis mamarias. Esta obsesión la lleva a la prostitución y al suicidio. Es precisamente para acabar con su vida que hace actuar a los sicarios al comando de Pelambre, guardaespaldas y jefe de sicarios del capo del narcotráfico Ternera. Esa es la referencia al mundo del sicariato que hace la novela, como un fenómeno articulado a los esquemas de seguridad y retaliación del narcotráfico.

En *Hijos de la nieve* (2000), novela que se desarrolla en Medellín, se hacen varias referencias al sicariato, pero estos personajes sólo hacen presencia directa en el asesinato de los agentes del F-2 que han extorsionado a Capeto. La novela se concentra más en la experiencia de una familia que se disuelve en las mieles del narcotráfico y la delincuencia, y entiende las organizaciones de sicarios como estructuras de apoyo a los capos en el cobro de cuentas.

Otras novelas desarrollan parcialmente este asunto en la capital del país. En *Batallas en el Monte de Venus* (2003), Collazos urde una trama que deja ver la corrupción general de la sociedad y que tiene como telón de fondo la violencia generalizada que vive el país en las últimas décadas: asesinato de policías, muerte de Galán, bomba en las instalaciones de *El Espectador*, atentados, intervención de sicarios. Al final, por la acción del sicario Rioseco, contratado por el senador Yarce, promotor de grupos paramilitares, son asesinados Upegui y Tres Palacios y se resuelve la trama. *El Eskimal y la mariposa* (2005) recrea los principales magnicidios del país, ordenados por una organización

²¹ A pesar de ser una de las novelas peor escritas en la literatura colombiana y de su ostensible deficiencia estética, se convirtió en un éxito editorial y fue adaptada para televisión con un impresionante *rating*. Ahora es un éxito en la televisión española.

omnipoderosa, conocida como la Federación. Don Luis, jefe de un grupo sicarial, es el encargado de la organización de los asesinos, apoyado en varios escoltas-sicarios que pertenecen a los esquemas de seguridad que el Estado les pone a estos hombres. La misión de los escoltas consiste en asesinar a los sicarios una vez que hayan cumplido la misión, que la misma organización ha contratado. Alrededor de Jerry y su primo, sicarios encargados de asesinar a Pizarro y a Jaramillo Ossa, respectivamente, y de Coyote y Mambrú, los escoltas-sicarios encargados de eliminarlos una vez ejecutados los magnicidios, se teje una truculenta trama policíaca. Los sicarios aparecen incorporados a organizaciones del crimen poderosas conectadas con organismos de seguridad del Estado colombiano o de otros países.

Angosta (2003) se ocupa de narrar las violencias que vive el país, no sólo la violencia generalizada que promueve el narcotráfico, sino las múltiples violencias: intrafamiliar, social, política; la del paramilitarismo y el sicariato, la del narcotráfico, la de la delincuencia común, la del Estado. En este entramado terrible se destaca la figura de El Putas, delincuente de gran poder en Tierra Caliente, sector C, de donde salen los sicarios y matones que nutren su propia organización y la del paramilitarismo, organizadas por el comandante Tequendama.

4

Examinando este panorama literario, lo primero que se impone es señalar que las siete novelas, cuyas diégesis se concentran en la figura del sicario, comparten una mirada apocalíptica. Todas parten de la comprensión de que el fenómeno es producto y productor de un estado de descomposición social de alcances muy hondos. Resultado de esta mirada profundamente pesimista, las diégesis se concentran en la minuciosa descripción de las condiciones sociales y culturales que hacen que los muchachos, sin referentes morales, terminen al servicio de la muerte. Hay una responsabilidad (en algunas, explícita; implícita, en las otras) asignada a la sociedad en general y al Estado, que no promueven un tipo de relación social distinta, ni propenden por la superación de las condiciones materiales y sociales que generan el fenómeno. La idea es que el sicario es un sujeto degradado por sus experiencias vitales en un

entorno profundamente agresivo, en lo que subyace una intención de explicación sociológica del fenómeno.

Ahora bien, algunas de estas novelas trabajan bajo la idea de que el tejido social se ha degradado de tal manera que ya no hay regreso, no hay futuro. Es el caso de *El pelaíta que no duró nada*, *El sicario* y *La Virgen de los sicarios*. La primera intenta acercarse al fenómeno desde adentro y construye un narrador testigo directo de los acontecimientos, Wílfel, un niño violento de las comunas, que cuenta la vida de su hermano, Fáber Idrián Mendoza Ocampo, el Trapia. Esto tiene la virtud de hacer una gran indagación sobre el sociolecto de las comunas y, a través de él, incorporar las visiones de mundo de estos personajes y el escenario oprobioso que los define. En el caso de *El sicario*, ocurre lo contrario, el lector advierte permanentemente el distanciamiento ideológico del narrador respecto de su personaje. La novela se rifa a la diégesis, una acumulación de acciones nefandas que orientan la vida de este sicario y la de quienes le rodean, y se construye una lenta y oprobiosa caída al abismo. En *la Virgen de los sicarios*, el desprecio del narrador por el mundo que habita, no solamente el de los sicarios, es tan profundo que la novela se convierte en un largo y repetido impropio contra todo. En esa intención naufraga la posibilidad de indagar profundamente, vía la anécdota, ese universo y sólo nos queda la reiterada manifestación de la distancia espiritual del narrador respecto de su mundo. Este aristocratismo del espíritu,²² que pone al narrador a sancionar desde alturas que no merecen los hombres miserables que lo rodean, es señalado por Graciela Polit Dueñas (2006):

“Hay en la construcción de ese pasado personal idílico, la manifestación de una nostalgia de clase que está presente como un residuo cultural, como remanencia del privilegio de hombre letrado. En este sentido, a la imagen de intelectual posmoderno que proyecta Fernando de manera consciente en su discurso nihilista, le traiciona un gesto de clase que aparece de manera inconsciente en la escritura y revela la

²² Este mismo aristocratismo del espíritu está en el fondo de la novela *Cartas cruzadas*, pero el discurso del texto nada tiene que ver con el impropio sino con el reconocimiento de la encrucijada que enfrenta la sociedad colombiana con el tema del narcotráfico. Esta condición de la novela de Vallejo es señalada por María Mercedes Jaramillo y Erna Von Der Walde en los textos citados.

nostalgia de una clase extinta. Por eso, el referente específico que no parece tener juicios de valor, se lo encuentra en un registro más conservador y peligroso” (Pág. 130).

Por su parte, *Sangre Ajena* y *Sicario* comparten con las novelas anteriores una mirada que entiende la responsabilidad central del Estado y la sociedad en esta devastación, pero, contrario a ellas, proponen una salida posible. En el caso de *Sangre Ajena*, Ramón Chatarra, después de pasar por todas las experiencias delictivas, renuncia a la violencia por la familia y prefiere las más infames condiciones de miseria económica a la miseria moral del sicariato. Encuentra así la tranquilidad de espíritu y la esperanza en la constitución de su propia familia y en el esfuerzo diario de la supervivencia como reciclador. En el caso de *Sicario*, mientras el huérfano Juan Chico Grande pasa por todas las instancias del delito, desde raponero hasta sicario, y termina convertido en un poderoso narcotraficante, Ramiro, su amigo de infancia en la calle, se empeña, con su padre, en construir un mejor futuro y termina convertido en un rico y filantrópico comerciante de arte. En las dos novelas, la voluntad personal de salir de la deleznable situación del delito traza un camino posible de salvación. En la primera, la salida conduce a las extremas condiciones de miseria que le dejan los estrechos márgenes de la movilidad social; en la segunda, dicha salida conduce a la riqueza advenida de fantástica manera. En las dos, la mirada moral, el esfuerzo didáctico subordina la terrible realidad que ficcionaliza. Esta pretensión didáctica, que puede resumirse en la sentencia que reza que hacer el bien paga y hacer el mal no, rige también la novela *El sicario*, pero con la diferencia de que en esta última la moraleja queda para los lectores. El personaje no es redimido, pues una vez bautizado en el delito no queda otra salida que la sanción social y la muerte, aunque la responsable de ese largo itinerario del mal sea la sociedad misma que lo engendra.

Rosario Tijeras indaga en esas condiciones genésicas del fenómeno del sicariato y la violencia en Medellín, pero, a diferencia de las otras, logra pulsar la tensión existente entre la ciudad de las comunas y la del plan, Metrallo y Medallo.²³ Esto evita su caída en la desesperanza, como

²³ Algo parecido hace Vallejo en *La Virgen de los sicarios*, pero su guadaña prosódica barre con todo.

el primer grupo de novelas anotadas, o en la falsa esperanza moral, como en el segundo grupo. La novela teje el delgado hilo de las relaciones entre la ciudad normalizada, encarnada en Emilio y Antonio, y la ciudad anómica, encarnada en Rosario. Una metáfora espacial completa este buen artificio literario: la discoteca, el lugar de comunión entre los nuevos ricos del narcotráfico y los viejos ricos. Allí se encuentran Antonio y Emilio con Rosario, se encuentran sus mundos y ocurre lo que ocurrió en Medellín con el narcotráfico: la sociedad hegemónica cedió al encanto del dinero fácil y la ostentación del narcotráfico, gozó sus bienes, y la sociedad subordinada entendió ingenuamente que esta connivencia era una aceptación definitiva. Nada más falso, a la hora de pagar las cuentas todos los mecanismos de represión del Estado se volcaron sobre los marginados, vestidos de oro, y los viejos ricos fruncieron el ceño para censurar a los advenedizos y siguieron su vida de siempre, como si nada hubiese pasado. Antonio y Emilio gozaron los placeres maravillosos de Rosario, pero a la hora de las cuentas ella muere y ellos retoman sus vidas de niños bien. Historia terminada.²⁴

Morir con papá parte de la misma consideración sobre las condiciones sociales que producen al sicario, pero, contrario a las otras novelas, lo hace sin dramatismos. Jairo y su padre no son sicarios signados por la fatalidad, ni náufragos de la desesperanza. Asumen el oficio como uno más entre los pocos que pueden escoger para sobrevivir, un oficio más, ni mejor ni peor que otros. Esto da cuenta de un contexto social degradado y recarga la responsabilidad de la violencia en dicha sociedad, pero no tenemos la experiencia del asombro, la sensación de que todo está conducido hacia el abismo. Otro elemento diferenciador de esta novela con las otras es la existencia de una familia, con padre y madre vivos y en buena relación con el hijo. Las demás parten del estereotipo del padre ausente (fue asesinado, los abandonó o nunca lo conocieron) y la madre sufriente o perversa. En este caso, el padre es una figura fuerte y ejemplar para el hijo, además porque es, peculiar también de esta novela, un sicario viejo que ejerce junto a su hijo el nefando oficio, y la madre una figura amorosa y protectora.

²⁴ Esta lectura subyace también a *Sumas y restas*, la película de Gaviria.

4

En el otro grupo, las novelas cuyas anécdotas tocan parcial o marginalmente el asunto del sicariato, el fenómeno está en relación de dependencia directa del narcotráfico, o de itinerarios delictivos más amplios, o de estructuras delictivas más complejas (algunas asociadas al Estado; otras, a una sociedad y un Estado con estructura criminal).

En el primer caso, el sicariato aparece como una de las expresiones del narcotráfico. La mirada es casi banal sobre esta figura, pues la entiende como parte de los esquemas de relación entre los narcos y de ellos con lo social. En estas novelas no se carga la mirada sobre qué es o cómo se define el sicario, ni sobre cuáles son sus condiciones sociales. El sicario es entendido simplemente como un instrumento para la violencia, y por lo tanto no interesa su figura sino sus actos. Ello ocurre en: *Coca, novela de la mafia criolla*, *Delirio*, *Comandante Paraíso*, *Sin tetas no hay paraíso*.

En el segundo caso, estas novelas asocian narcotráfico y sicariato como expresiones de una sociedad cínica que impone la idea del dinero fácil a cualquier precio y que, por ende, es producto y productora de una desarticulación de valores que reduce el valor de la vida humana. Por lo tanto, ser sicario es un mecanismo más para allegar dinero, aunque en los otros roles sociales se tenga una estructura axiológica tradicional. El sujeto no se entiende como un ser degradado, sino que asume lo suyo como una manera de resolver los asuntos económicos, sin conmociones morales. En estas novelas, estos sujetos ejercen la profesión de sicarios de manera temporal y como parte de una experiencia delictiva que pasa por la extorsión, el atraco, el secuestro, pero transitan al narcotráfico y se convierten en capos. Matar es parte del oficio, no el oficio. Es un asunto de gente buscando oportunidades. Este es el caso de *El Zar*, *Hijos de la Nieve* y *Batallas en el Monte de Venus*.

En el tercer caso, las novelas articulan al sicario a organizaciones criminales más complejas, algunas de ellas involucrando al Estado o a organizaciones de seguridad extranjeras. Es el caso de *Infructuoso Mendoza*, *El eskimal y la mariposa* y *Angosta*. El caso de *El eskimal y la mariposa*, se acerca a *Angosta*, por la asignación de responsabilidades a una estructura supraestatal que organiza la violencia, la Federación, en la primera, y los Doce Sabios, en la segunda.

En este último grupo podemos incluir *Leopardo al sol*, que comparte, además, con *Angosta* una mirada más totalizante y construyen sendas metáforas del país. *Leopardo al sol* a través del mitema de Caín y Abel, que representa la dinámica social que conduce a la violencia; *Angosta* a través de una metáfora espacial que da cuenta de la segregación y la marginalidad producto del desajuste social expresado en las múltiples violencias, una de cuyas expresiones es el sicariato. Ello deja entrever que el sicario es expresión e instrumento de dicha degradación social, de la dislocación de valores.

Como se ve en este rápido esbozo, casi una veintena de novelas se han ocupado, con mayor o menor concentración y desde múltiples perspectivas, del asunto del sicariato.²⁵ El *corpus* sigue creciendo y estamos a la espera de una novela más totalizante y profunda, que logre una mayor y más justa aprehensión del fenómeno y que se constituya en referente ficcional obligado para el entendimiento de nuestra trágica realidad. El esfuerzo realizado hasta ahora es importante, pero insuficiente. Entonces, a quienes anuncian su clausura o expresan disgusto por la reincidencia de los escritores en el tema tendremos que decirles que así como esperamos largamente una novela como *Cien años de soledad*, que nos hablara del absurdo dramático de las guerras civiles, y esperamos con paciencia la publicación de novelas como *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*, *El día señalado* y *Cóndores no entierran todos los días*, para tener una más justa comprensión de la Violencia de los años cincuenta y sesenta, tendremos que esperar con paciencia el advenimiento de nuevas novelas que se impongan sobre lo precariamente escrito y acompañen a *Rosario Tijeras* en la imperiosa tarea de novelar con fortuna literaria (no necesariamente editorial) esta realidad espantosa que nos tocó, en mala suerte, vivir.

²⁵ En este trabajo hemos anotado diecisiete novelas, pero sabemos que hay otras que incorporan en su diégesis el tema. Como lo hemos ido señalando, algunas de ellas han sido llevadas al formato audiovisual. Esto atestigua el interés general del público sobre este tipo de historias, independiente de la valoración negativa que en el ambiente literario se haga. Por supuesto, este interés no autoriza su calificación (positiva o negativa) como obra de arte, pues esta valoración es de orden estético y no temático. Que la valoración de estas novelas como objetos estéticos no debe pasar necesariamente por la consideración de sus temas no es importante que lo entiendan los aficionados, pero es urgente que lo entienda la comunidad literaria, a ver si dejamos de emitir juicios determinados, en la mayoría de los casos, por un claro desconocimiento del *corpus*.

Bibliografía

- Abad Faciolince, Héctor (1995). “Estética y narcotráfico”. En: Revista Número. Separata II-III, Bogotá.
- (2003). *Angosta*. Colombia, Seix Barral.
- Álape, Arturo (2002). *Sangre Ajena*. Colombia: Planeta.
- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. (1972) *Cóndores no entierran todos los días*. Barcelona: Destino.
- Álvarez Gardeazábal (2002) *Comandante Paraíso*. Colombia: Grijalbo.
- Ángel, Alba Lucía (1975). *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, . (Edición crítica de Martha Luz Gómez: Colombia, Universidad de Antioquia, 2003)
- Atehortúa, Adolfo León (et-al) (1998). *Sueños de inclusión, las violencias en Cali, años ochenta*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana / Cinep.
- Bahamón Dussán, Mario (1988). *El sicario*. Cali: Orquídea..
- Betancourt Darío y Martha L. García. (1990) *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano, 1946/1965*. Colombia: Tercer Mundo / Universidad Nacional.
- Bolívar, Gustavo (2005). *Sin tetas no hay paraíso*. Bogotá: Quintero Editores.
- Camacho Guzmán (1990). Álvaro y Álvaro Guzmán Barney. *Colombia, ciudad y violencia*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.
- Cardona López, José (2000). “Literatura y narcotráfico: L. Restrepo. F. Vallejo, D. Jaramillo.” En: Jaramillo, María Mercedes (et-al). *Literatura y Cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*. Colombia: Ministerio de Cultura. Pp.378-406.
- Collazos, Óscar (2003). *Batallas en el Monte de Venus*. Bogotá: Seix Barral.
- Collazos, Óscar (1997). *Morir con papá*. Colombia: Seix Barral.
- Dueñas, Graciela Polit (2006). “Sicarios delirantes y los efectos del narcotráfico en la literatura colombiana”. *Hispanic Review*. Spring , Vol. 24, Issue 2, Pp. 119-142.
- Franco Ramos, Jorge (1999). *Rosario Tijeras*. Colombia: Plaza y Janés.
- Gallego Uribe, Antonio (1995). *El Zar: el gran capo*. Pereira: Papiro.
- García Márquez, Gabriel (1967). *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gaviria, Víctor (1991). *El pelaíto que no duró nada*. Colombia: Planeta.
- González Rodas, Pablo (2002). “Narcotráfico y novela: *Hijos de la nieve* de José Libardo Porras”. *Contextos. Revista de Semiótica Literaria*. No. 29. Pp. 67-76.
- Gossain, Juan (1981). *La mala hierba*. Colombia: Plaza y Janés.
- Guzmán Barney, Álvaro (1993). *Diagnóstico sobre la violencia en Cali, 1993*. Cali: Universidad del Valle, Cidse.

- Hoyos, Hernán (1977). *Coca, novela de la mafia criolla*. Cali: Hernán Hoyos.
- Jaramillo Agudelo, Darío. *Cartas Cruzadas* (2005) (1995). Colombia: Alfaguara.
- Jaramillo, María Mercedes. “Fernando Vallejo: desacralización y memoria”. En: María Mercedes Jaramillo (et-al) (2000). *Literatura y Cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*. Colombia: Ministerio de Cultura. Pp.378-406.
- Joly, Monique (1980). “De rufianes, prostitutas y otra carne de horca”. Nueva Revista de Filología Hispánica, tomo XXIX, No. 1.
- Mejía Vallejo, Manuel (1986). *El día señalado*. Colombia: Plaza y Janés.
- Montt, Naum (2004). *El Eskimal y la Mariposa*. Bogotá: Alfaguara, 2005 (Alcaldía Mayor de Bogotá).
- Pécaut, Daniel (2001). *Guerra contra la sociedad*. Colombia: Planeta.
- Porras, José Libardo (2000). *Hijos de la nieve*. Colombia: Planeta.
- Restrepo, Laura (2000) (1993). *Leopardo al sol*. Bogotá: Norma.
- Salas Barbadillo (1974). *El sutil cordobés Pedro de Urdemalas y el gallardo Escarramán. (Edición, introducción y notas de Marcel Charles Andrade)*. University of North Carolina, (impreso en España).
- Salazar, Alonso (2002). *No nacimos pa' semilla*. Colombia: Planeta.
- Vallejo, Fernando (1998) (1984). *La virgen de los sicarios*. Colombia: Alfaguara.
- Vanegas Muñoz, Gildardo (1998). *Cali tras el rostro oculto de las violencias*. Cali: Universidad del Valle/ Cisalva.
- Vázquez-Figueroa, Alberto (1994) (1991). *Sicario*. España: RBA.
- Von der Walde, Erna (2001). “La novela de sicarios y la violencia en Colombia”. Iberoamericana. Vol. 1, No. 3, Pp. 27-40.

Óscar Osorio

La Tulia, Bolívar, Valle, 1965. Profesor de la Universidad del Valle. Ha publicado los libros: *La balada del sicario y otros infaustos* (2002); *Historia de una pájara sin alas* (2003); *La mirada de los condenados* (2003); *Polifonía* (2004); *Violencia y marginalidad en la literatura hispanoamericana* (2005); *Hechicerías* (2008); *El cronista y el espejo* (2008), ganadora en España del XXXII Premio Cáceres de Novela Corta 2007. Hace parte de la antología *Encuentro 10 poetas latinoamericanos en USA* (2003), es coautor de los libros *Nueva novela colombiana* (2004) y *Yo hablo, tú escuchas, ella lee, nosotros escribimos, una pedagogía compartida* (2007). También ha publicado ensayos, crónicas y poemas en revistas como *Poligramas* de la Universidad del Valle, *Hybrido* de New York, *Con-textos* de la Universidad de Medellín, *Ciberayllu* adscrita a la Universidad de Missouri (USA), *Letras Hispanas* adscrita a la Universidad de las Vegas (Nevada, USA). Es miembro fundador del Taller Literario Botella y Luna.

Recibido: Marzo de 2008

Aprobado: Abril de 2008